

La historiografía

ANTONIO J. PÉREZ AMUCHÁSTEGUI

I. LAS CORRIENTES HISTORIOGRÁFICAS

NACIDO EN BS. AIRES en 1921. Doctor en filosofía y letras graduado en la Universidad de Buenos Aires. Es director del Departamento de historia de la Facultad de Filosofía y Letras de Bs. Aires. En la misma casa de estudios dicta introducción a la historia e historia del pensamiento y de la cultura argentinos. Ha sido profesor en las universidades nacionales de Córdoba, La Plata, Sur (Bahía Blanca) y Universidad del Salvador (Bs. Aires). PUBLICACIONES: Del épos a la historia científica —libro laureado—, Qué es la historia; Las fuentes de la historia; La "Carta de Lafont" y la perceptiva historiográfica; Ideología y acción de San Martín y Mentalidades argentinas, 1860-1930. Ha colaborado en las revistas "Universidad" (Santa Fe), "Anuario de Historia" (México), del "Museo Mitre" (Bs. Aires), "Universidades" (Bs. Aires), "Revista de Historia Americana y Argentina" (Mendoza).

EL propósito de caracterizar la historiografía argentina conforme a corrientes precisas de pensamiento resulta, en verdad, sumamente arriesgado, ya que entre nuestros autores ha reinado una gran confusión ideológica, y difícilmente puede hallarse uno solo que aplique a la investigación histórica la orientación de una determinada doctrina filosófico-historiográfica. Sin embargo, en el período que nos ocupa hay marcados rasgos de indudable influencia positivista, mezclados con otros que acusan herencia —ya un poco anacrónica— de la espiritualidad romántica y sus epígonos, y otros aún, también románticos, de fuerza tradicionalista. Si fuera menester calificar en una forma generalizadora la historiografía producida entre los años 1880 y 1930, quizá pudiera designarse como *romántico-positivista*. En un primer capítulo analizaremos, pues, estos rasgos característicos, para abocetar luego tres formas historiográficas: los *datistas*, los *ensayistas* y los *eruditos*, cuyos principales cultores mencionaremos en la segunda parte.

a) *Los rasgos románticos*

A partir de Herder, la concepción genética de la historia movió a los investigadores a hurgar en el pasado para hallar los rasgos definitorios del ser nacional a través de sus tradiciones. Ello engendró, como ha denunciado Croce, las más fantasiosas postulaciones en torno de la llamada filosofía de la historia, y se orientó, en general, a la formulación de principios político-moralizantes que se suponían rectores del destino nacional. En nuestro país, esa corriente tomó cuerpo con la *Ojeada retrospectiva* y el *Dogma Socialista* de Esteban Echeverría, y se prolongó por muchos años (casi hasta nuestros días) en toda la producción historiográfica.

En otra oportunidad hemos puntualizado detalladamente los rasgos peculiares de la historiografía romántica argentina. Es el caso señalar ahora cuáles rasgos perduraron en la producción posterior.

En cuanto a la índole de la realidad histórica quedó arraigado el principio de que existía un "espíritu nacional" al que debe remitirse la comprensión de lo cultural, la convicción de que la libertad es el valor político culminante, y la seguridad de que debía alcanzarse, por vía histórica, la organización de un Estado que asegure el logro de la plenitud moral. Desde el punto de vista del conocimiento, el enfoque apuntaba a considerar lo nacional como sujeto y objeto de la historia, en la convicción de que el fin de la historia es el progreso nacional. Pero, curiosamente, ese progreso nacional tenía que inspirarse en algo ajeno a lo vernáculo. El verdadero progreso se hallaba en Europa, cuna de la civilización, la libertad y el orden, y aquí había que adaptar lo europeo a las necesidades locales, eliminando los elementos "bárbaros", de estirpe hispana, que limitaban el espíritu creador y mantenían un régimen institucional estático e improductivo. A pesar, pues, del espíritu nacional, de la ponderación de las tradiciones y de la exaltación de lo "nacional", lo argentino, todavía no conformado, debía tener como modelo a lo europeo. Sin embargo, un resurgimiento romántico haría que al finalizar el siglo XIX, y más marcadamente en las tres primeras décadas del XX, apareciera un marcado tinte nacionalista que comenzaría a exigir la revisión de los esquemas llamados "liberales", y pondría el acento en la vindicación de personajes como Rosas y los caudillos, execrados a su hora por los representantes de la espiritualidad romántica y condenados por la historiografía en boga.

La historiografía

b) Los rasgos positivistas

En general, los autores de este período están íntimamente convencidos de que el mundo humano, igual que el mundo natural, está sujeto a un proceso evolutivo. La intelectualidad era entendida como algo enteramente natural, constituida por características físicas que se manifiestan en el lenguaje, el ingenio, las artes. El conocimiento de la evolución del hombre requería un método que permitiera ver el fenómeno general, para extraer las particularidades propias de cada evento. La historia, así, tendía a resolverse en sociología. Ellos estaban convencidos de que cada momento social, según el aforismo de Comte, “es el resultado necesario del precedente y el motor indispensable del siguiente”, y creían en la existencia de esas fuerzas motoras del devenir humano que Taine definió como “raza, medio y momento”.

Se observa también, con mayor o menor fuerza, una tendencia a aferrarse a la concepción organicista de la historia enunciada por Spencer, según la cual las sociedades humanas tenían que comportarse como “organismos sociales”. Y así como para conocer un organismo hay que atender necesariamente al comportamiento de las partes a fin de adentrarse en el comportamiento del todo, lo mismo tenía que ocurrir con los organismos sociales en sus respectivas evoluciones históricas. Para hallar esa estructura orgánica no quedaba más remedio que la revisión de la sociedad a través de la historia. Y así se refundía, por vías distintas, la necesidad —enunciada por Herder con distinta intención— de recurrir al *método genético*. Una vez hallada la génesis, el origen, la estructura orgánica básica, resultaría fácil seguir su desenvolvimiento paulatino conforme a la ley de la evolución universal, según la había enunciado Spencer: “por la evolución, la materia pasa de un estado de homogeneidad indeterminada e incoherente a un estado de heterogeneidad determinada y coherente”. Aplicado esto a nuestra nacionalidad incipiente, era menester advertir cómo, y por qué fuerzas impulsoras se iban formando diversas estratificaciones que paulatinamente se diferenciaban más y más dando lugar, así, al ordenamiento institucional.

La acción del medio tenía, para estos autores, una influencia decisiva. Y ellos, por la herencia romántica, creían también en la necesidad de adecuar lo vernáculo a lo europeo, aunque ahora se llegaba, en buena medida, a postular una mimesis de lo europeo, en la creencia de que la

ley de la evolución universal, como *universal* que era, habría de cumplirse inexorablemente en todas partes, y resultaba conveniente adelantarse mediante la captación acelerada de los elementos constitutivos del progreso que ostentaba Europa.

c) *Las formas historiográficas*

Ya había enunciado Taine, en la línea de Comte, que la investigación histórica debía partir de la minuciosa recolección de los hechos, para luego alcanzar el conocimiento de las causas. Este principio metodológico mordió fuertemente en toda la historiografía de fines del siglo XIX y comienzos del XX. Ya ha señalado A. J. Toynbee, en la *Introducción* a su obra principal, que el "sistema industrial" aplicado a la bibliografía científica produjo una diversificación monográfica tal, que resultaba virtualmente imposible la síntesis de tanto detalle acumulado en folletos y opúsculos sobre circunstancias hasta inverosímiles. Ese fenómeno generalizado en toda investigación científica, cobró aquí características verdaderamente alarmantes respecto a la producción historiográfica, y proliferaron los *papelistas* (según la mordaz calificación de Groussac) que se dieron a una especie de iconolatría del documento, sacando a luz, en sendas publicaciones, circunstancias o "hechos" meramente anecdóticos, que muchas veces nada agregaban ni quitaban a lo ya conocido. Pero estos *datistas* (así los califica Carbia), a pesar de sus exageraciones, aportaron también nuevos elementos para el análisis crítico, pues entre millares de papeles inútiles aparecieron noticias de singular importancia que, agregadas al saber historiográfico del momento, permitieron la reelaboración de viejos supuestos y abrieron nuevas perspectivas a la investigación.

Por el otro lado, se renovó el afán reflexivo sobre la teleología histórica, y aparecieron filósofos de la historia argentina que procuraron formular "líneas de movimiento" que conciliaran el "espíritu nacional" postulado por la espiritualidad romántica con la evolución universal del organicismo. En el caso, por supuesto, hubo exageraciones por momentos hasta ridículas, pero no puede negarse la aportación de ideas que estos filósofos de la historia hicieron sobre todo para el momento hermenéutico del análisis crítico. El período que nos ocupa se inicia, precisamente, con la conocida polémica entre Bartolomé Mitre y Vicente Fidel López, en la cual el primero demuestra cabalmente a su contrincante la falta de sustentación de sus aseveraciones inspiradas en un supuesto "espíritu" del acaecer que no surge nítido del material heurístico disponible.

La historiografía

Rómulo D. Carbia califica esa tendencia filosófica de la historia como *guizotiana*, y puede ser acertada respecto de algunos autores, en particular Lucio V. López, que se valieron de una presunta filosofía para defender posiciones doctrinarias y hasta familiares. Pero nos parece excesivo el término como sinónimo de reflexión trascendente sobre lo histórico. Hemos preferido, pues, denominar *ensayistas* a todos estos autores, por lo poco dedicados a la investigación formal y proclives a las generalizaciones.

Una tercera forma historiográfica, que podría calificarse de “erudita”, retomó los lineamientos fijados por Bartolomé Mitre e inició tareas de investigación exhaustiva y compilación de fuentes, con los auspicios de la Academia Nacional de la Historia y de instituciones oficiales dedicadas de lleno a la historiografía.

II. LA PRODUCCIÓN HISTORIOGRÁFICA

En el corto espacio de que disponemos, debemos limitarnos a una escueta selección de autores, que caracterizaremos según las formas historiográficas precedentemente enunciadas. Aclaremos también, cada vez que sea del caso, la posición “liberal” o “revisionista” del historiógrafo tratado.

a) *Los datistas*

El grueso de esta producción apareció en revistas especializadas, cuyos colaboradores, según señala Carbia, tenían unas veces el propósito de efectuar aportaciones heurísticas publicando, sin demasiada precisión técnica, documentos de los archivos oficiales y privados, y otras veces la intención de rectificar creencias generalizadas sin suficiente base testimonial; en el último caso, también se publicaba el documento inédito o poco conocido (a veces olvidado a pesar de haberse dado a luz en viejas publicaciones) pero seguido de un estudio crítico o de comentarios oportunos. En general, estos comentaristas no dieron pruebas de equilibrio científico, ya que, las más de las veces, las publicaciones obedecían a afanes polémicos con el objeto de destruir aseveraciones sin más argumento que la exhumación de un testimonio que, para el ingenuo juicio del autor, destruía por sí toda una gama de otros testimonios que lo contradecían. Esto fue harto común en las polémicas habidas entre “liberales” y “revisionistas”, cada uno de los cuales elegía lo más conveniente

para *defender* su tesis, sin advertir que la historia no es un pleito ni necesita abogados.

Este material heurístico y estos comentarios llenan las páginas de publicaciones sin duda riquísimas por sus contenidos, que en buena parte hacen las veces de compilaciones de fuentes, como la *Biblioteca* (1896-1898), la *Revista Nacional* (1886-1910), la *Revista de Derecho, Historia y Letras* (1898-1923), *Atlántida* (1911-1913), *Nosotros* (1907-1938), *Estudios* (1912-1938), *Nueva Revista de Buenos Aires* (1881-1885), *Revista Nacional* (1886-1910), *Anales del Museo Nacional de Buenos Aires* (1895-1938), y muchas otras que sería largo detallar aquí. Esos artículos llevaban firmas tan conocidas como Adolfo P. Carranza, Manuel Ricardo Trelles, Vicente G. Quesada, Angel Justiniano Carranza, Juan José Biedma, Adolfo Lamarque, Enrique Peña, en fin, algunos de los cuales ensayaron luego, con éxito, la edición de compilaciones documentales. Fruto de ese esfuerzo son la *Correspondencia de San Martín* (1906) y las *Memorias y Autobiografías* (1910) compiladas por Adolfo P. Carranza, *La Patagonia* (1875) y el *Catálogo de documentos del Archivo de Indias en Sevilla referentes a la historia de la República Argentina* (1901-1910) de Vicente G. Quesada, la *Contribución Histórica y Documental* (1922) de Gregorio F. Rodríguez, y las publicaciones del Archivo General de la Nación y del Museo Mitre sobre documentos referidos a la independencia, las campañas militares y la acción de hombres representativos del pasado argentino que aparecieron en la década 1910-1920 (*Antecedentes de la Revolución de Mayo, Paso de los Andes*, documentos de los archivos de Belgrano, San Martín, Pueyrredón, Mitre, etc.). Cabe incluir aquí, asimismo, alguna producción monográfica de mayor aliento, como las *Campañas Navales Argentinas*, obra póstuma de Angel Justiniano Carranza, publicada en 1914-1916, y los trabajos de Enrique Peña, Juan B. Terán, Ramón J. Cárcano, José Antonio Pillado, Manuel F. Mantilla, Jaimes Freyre, el presbítero Pablo Cabrera e incluso la rica producción del esforzado Samuel A. Lafone Quevedo, todos los cuales se limitan a conformar crónicas del pasado nacional mediante glosas de documentos sin mayor análisis crítico. Interesaba a estos autores influenciados por la idea positivista, solamente conformar "Series históricas", a la manera de Xénopol, enristrando datos extraídos de testimonios de época para tratar de describir lo acaecido, sin preocuparse por aprehender la intencionalidad subyacente.

b) *Los ensayistas*

Paralelamente a ese afán heurístico que denunciaron los datistas, surgió un movimiento de apariencia erudita cuya franca tendencia filosofante

La historiografía

no conciliaba para nada con un espíritu de investigación minuciosa y seria. Tal vez sea lícito encabezar la nómina de ensayistas con el proficuo José Manuel Estrada, autodidacta pleno de inquietudes, místico de la libertad a la par que católico ferviente y sincero, para quien el destino nacional había sido fijado por la Providencia. Curiosamente, esta figura monitora del Partido Católico —armado para oponerse al Liberalismo “de moda”— era profundamente liberal en su concepción filosófico-historiográfica, convencido de que “la libertad es cristiana o no hay libertad”. Aferrado, sin embargo, a la creencia de que existe una ley del progreso que asegura el venturoso destino nacional, conforme a los postulados positivistas, armó una historia retórica y brillante, sin mayor comprobación testimonial pero ahita de fe en el triunfo de la democracia querida por Dios. Junto a Estrada, pero con fundamentos muy distintos —quizá hasta antagónicos—, cabe colocar al otro liberal a ultranza, Joaquín V. González, cuya idéntica fe en el progreso y en el destino nacional se fundamenta en su convicción de que la ciencia lleva de la mano a la humanidad. Ambos —Estrada y González— fueron oradores elocuentes y barrocos, seguros de que la historia *tenía* que desenvolverse como sus respectivas convicciones les dictaban, y sin más lanzaban afirmaciones sobre el pasado histórico que siempre servían para edificar sobre ellas un futuro venturoso.

Ellos, como la mayoría de los *ensayistas* de la generación del 80, crearon esa especie de seguridad que caracteriza aun a muchos argentinos, referente a que el país camina hacia destinos envidiables, porque cuenta con una historia gloriosa que ha fijado ya, de manera indestructible, esa grandeza nacional. Tan honda era esa convicción en la segunda década de nuestro siglo que el agudo José Ortega y Gasset anotó la siguiente reflexión: “El pueblo argentino no se contenta con ser una nación entre otras; quiere un destino peraltado, exige de sí mismo un futuro soberbio, no le sabría una historia sin triunfo y está resuelto a mandar”. Esa seguridad intuitiva se halla presente en la casi totalidad de los *ensayistas*, desde Lucio V. López y Rodolfo Rivarola, hasta José María Ramos Mejía y José Ingenieros, cuyo pretendido científicismo terminó en generalizaciones de corte más o menos sociológico y de escaso valor historiográfico.

También incursionaron por la historia literatos de fuste, como Leopoldo Lugones, Mariano A. Pelliza, Joaquín Castellanos, Antonio Dellepiane e incluso Ricardo Rojas, produciendo obras en sus días muy ponderadas pero que, más tarde, han perdido vigencia porque la belleza literaria no logró satisfacer las calidades críticas que exige la historiografía moderna.

Seguramente cabe incluir entre los ensayistas a otro grupo de escritores que, provenientes sobre todo de la rama jurídica, enfrentaron el problema de la historia constitucional, abriendo perspectivas para la investigación. No fue ajeno a ello, en su vasta producción, Joaquín V. González, aunque la solidez del planteo jurídico-historiográfico fue mucho mayor en Juan A. González Calderón y, en alguna medida, también Aristóbulo del Valle. Por último, debe señalarse otros ensayistas que abrieron nuevos y valiosos campos en la historiografía atendiendo a los problemas social y económico. Así, *La ciudad indiana* de Juan Agustín García y *Las guerras civiles argentinas* de Juan Alvarez, son respectivamente ejemplos ponderables del esfuerzo dedicado a la comprensión de la sociedad argentina y de la incidencia del factor económico en el desenvolvimiento histórico.

c) *Los eruditos*

La corriente erudita en la historiografía argentina se inicia con Bartolomé Mitre, y aunque sus obras más celebradas, —Historia de Belgrano y de San Martín,— son anteriores al período que nos ocupa, las *Comprobaciones Históricas* escritas para rebatir a Vicente Fidel López contienen las primeras y más serias reflexiones sobre teoría y metodología de la historia, que están a la altura de lo que la alta erudición europea del momento analizaba con frenesí a través de Dilthey, de Droysen, de Taine, de Fustel de Coulanges. Por el contrario, no cabe incluir a su antagonista López entre los eruditos, ya que toda su obra está signada por un subjetivismo por momentos hasta nefasto, ya que no trepidaba en “inventar” documentos con tal de lograr la demostración de la tesis propuesta.

En la línea “revisionista”, seguramente el más meritorio por su esfuerzo haya sido Adolfo Saldías, cuya *Historia de la Confederación Argentina* sigue siendo hoy sumamente valiosa para el conocimiento de la llamada “época de Rosas”. Con indudable seriedad, Saldías se lanzó a la tarea de analizar, con gran acopio heurístico, esos años tan discutidos y afrontó en sus días la responsabilidad —nada fácil a la sazón— de señalar los aspectos positivos y negativos de Rosas y el rosismo.

Debe destacarse también la labor de Antonio Zinny, que a sus calidades de paciente recopilador unió un juicio crítico nada despreciable, aportando decenas de obras hoy indispensables para cualquier investigación. Otro tanto debe decirse de Emilio Ravignani, que en esos días se perfilaba ya como historiógrafo sensato y prudente, aunque lo más importante de

La historiografía

su producción corresponde a un período posterior. También eran promesas en 1930 Ricardo Levene y Roberto Leviller, más tarde directores de la corriente academicista.

Tareas eruditas cumplieron algunos bibliógrafos como Carlos I. Salas, Ricardo Victorica y Manuel Ricardo Trelles, aunque no lograron como Zinny resolver el análisis crítico en síntesis eficientes. Otros, por el contrario, apuraron la síntesis sin haber agotado el análisis, como el caso de Carlos Correa Luna, Manuel Bilbao y Carlos Ibarguren. Obras maduras de esta época son la *Historia del puerto de Buenos Aires* de Eduardo Madero, la *Historia de Entre Ríos* de Benigno T. Martínez, y una valiosa monografía sobre *Contribución a la historia financiera de la República Argentina* de José A. Terry.

Si la erudición supone, además de la información precisa, equilibrio analítico, seriedad crítica, claridad de exposición, corrección de formas y fuerza convincente, tal vez la palma de la historiografía erudita corresponda a Paul Groussac, ese francés acriollado que fustigó, a veces con cruel ironía, las ingenuas (cuando no interesadas) aseveraciones de muchos autores anteriores y contemporáneos. Cupo a Groussac el mérito de arrasar con la mitomanía, tan común en la época, tendiente a exaltar hasta lo hiperbólico las glorias de quienes eran considerados "padres de la patria". Esa corriente apologética surgió, precisamente, por haberse advertido que la inmigración masiva y la europeización de las instituciones y las costumbres habían desvirtuado todo vínculo de cohesión nacional. De allí el apresurado esfuerzo por indagar en las tradiciones vernáculas (iniciado con *La Tradición Nacional* de Joaquín V. González), por reivindicar al apaleado gaucho, y por sobrevalorar el pensamiento y la obra de los hombres que llevaron a cabo la emancipación y la organización del país. Groussac, sin caer en iconoclastia ni en un nihilismo patriótico, supo "desnudar santos laicos", poniendo de relieve las calidades humanas de los próceres mediante la ridiculización de sus apologistas.

C O N C L U S I Ó N

Esta rápida visión de la historiografía argentina en los 50 años que nos ocupan, ha necesitado eliminar, por razones de espacio, muchos nombres y la mayoría de las obras, omitiendo, al mismo tiempo, precisiones concretas en orden a lo cronológico y a lo editorialístico. Hemos tomado como guía —o mejor como punto de partida— la *Historia de la Historio-*

grafía Argentina de Rómulo D. Carbia, única obra de conjunto que enuncia una clasificación fundada. Por eso mismo, hemos preferido poner el acento en aquellos aspectos no atendidos por Carbia, retocando su esquema clasificatorio sobre la base de la consulta directa de las obras historiográficas a que nos hemos referido.

Al cabo, reiteramos el juicio de que toda la historiografía argentina correspondiente a los años 1880-1930 está fuertemente influenciada por el positivismo, y conserva buena dosis de la emotividad romántica que conduce a la ponderación de un dorado porvenir nacional.

El axioma metodológico de los positivistas —primero la recolección de los hechos y luego la interpretación de las causas— produjo la proliferación de “datistas” convencidos de que con sus aportaciones sumaban nuevos “hechos”, y dio pie a los “ensayistas”, convencidos de que contaban con “hechos” suficientes, para lanzarse a formular teorías —a veces, en verdad, muy atendibles, como en el caso de Alvarez— y a trazar esquemas generales que, en algunos casos, —como las “ideas-fuerza”— han sido aceptados sin mayor análisis sobre todo en el campo de la sociología.

Los eruditos no quedaron, por cierto, marginados de esas influencias, y tanto los llamados “liberales” como los “revisionistas” aportaron sus investigaciones con ánimo de contribuir al conocimiento de la génesis nacional, a fin de aprehender los lineamientos básicos del ser argentino y de apurar la obtención del necesario destino venturoso que espera a la nación en su marcha hacia el progreso.